

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Los intelectuales liberales y liberal-democráticos en la Argentina reciente (2003-2007).

ADRIÁN PULLEIRO.

Cita:

ADRIÁN PULLEIRO (2013). *Los intelectuales liberales y liberal-democráticos en la Argentina reciente (2003-2007)*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/654>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/erfU/cm3>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

adrianpulleiro@yahoo.com.ar

Instituto Gino Germani (FCS-UBA)-CONICET
26823258

Los intelectuales liberales y liberal-democráticos en la Argentina reciente (2003-2007).

El estallido popular de diciembre de 2001 implicó el clímax de una crisis de legitimidad que abarcó instituciones económicas, políticas y culturales que habían sido sustento del auge neoliberal, en el marco de un período de estancamiento prolongado en el crecimiento de la economía y de dificultades marcadas para la valorización del capital . Ese proceso abrió un escenario de disputas para establecer salidas acordes a los intereses y las visiones del mundo de las distintas clases y fracciones de clase, que a su vez buscaron renovar sus formas de organización y representación política.

Con la ventaja de una mirada histórica ese proceso histórico puede ser interpretado en términos de la recuperación de la capacidad de hacer negocios por parte de los distintos sectores del gran capital, que vigorizó la actividad económica, y de una recomposición en la legitimidad de la institucionalidad del régimen liberal-representativo, en la que el gobierno de Néstor Kirchner jugó un rol crucial a fuerza de una intensa iniciativa política en torno de la cual generó un alto nivel de respaldo en distintos sectores sociales. Ni espacio de producción ajeno a los vaivenes de las luchas más generales por la dirección del proceso histórico ni superficie que registra linealmente esos conflictos, el campo intelectual local no estuvo al margen de las disputas ni de las redefiniciones ideológicas que fueron generando un nuevo clima cultural producto de nuevas legitimidades institucionales que se evidenciaron en el ámbito de la administración pública y en el campo mediático, una agenda particular de temas prioritarios que marcaron el debate público y la emergencia de diversos enfoques que pusieron en cuestión el horizonte simbólico que se había impuesto como dominante en la etapa del predominio neoliberal (Pulleiro y otros 2011; Rubinich, 2001).

El propósito de este trabajo es explorar los principales tópicos y estrategias discursivas que desarrollaron en el período las figuras más relevantes de la fracción liberal y de la fracción demo-liberal de ese campo intelectual. Se propone describir, asimismo, la forma en que su accionar reactualizó una serie de tradiciones político-culturales y generó nuevas formas de disputas ideológicas que formaron parte de las luchas por imponer y consolidar ciertas salidas a la crisis¹. Para hacerlo, analizaremos cómo esos intelectuales se posicionaron

¹ Además de asumir de manera productiva los aportes de Pierre Bourdieu (2002, 2008), para dar cuenta de las condiciones de emergencia de las producciones culturales que aquí nos ocupan pondremos en juego un modelo de análisis que implica una serie de contextos de relaciones de producción en las que actúan los

ante los acontecimientos políticos clave del período y cómo intervinieron en los principales ejes problemáticos que marcaron el debate intelectual de la época.

1. Apuestas y estrategias durante la crisis

A partir del papel que desempeñan una serie de tradiciones intelectuales y del peso que ejercen ciertas instituciones, y formaciones, durante el período que analizamos, es posible identificar en el campo intelectual argentino las fracciones más dinámicas. En el proceso que va de la crisis política y económica de 2001 al proceso de reconfiguración y recomposición de la hegemonía, la fracción liberal y la liberal-democrática conformaron un polo de actividad intelectual que tendrá en la intelectualidad populista o de origen nacional-popular a su *partener* predilecto.

Para comprender el desempeño de dichas fracciones en el período que nos ocupa necesitamos reponer esquemáticamente sus rasgos constitutivos y sintetizar los posicionamientos y estrategias discursivas que pusieron en juego durante la crisis de 2001-2002.

La fracción liberal

Los antecedentes de esta fracción remiten al siglo XIX. A los políticos e ideólogos que conformaron la “Generación del ’37” y que disputaron un proyecto de nación acorde a los principios del liberalismo económico y político. Este primer estamento dará lugar a todo un linaje que llega hasta nuestros días y que tiene sus referentes en el escritor *gentleman* de la década de 1880 (Viñas; 2004), los historiadores que continuaron la línea iniciada por Bartolomé Mitre, los escritores y ensayistas nucleados en torno a la revista *Sur*; en el suplemento cultural de *La Nación*, primero, y luego en las secciones de opinión del mismo matutino, pero también en un núcleo de intelectuales con marcada presencia en gobiernos democráticos y autoritarios, entre 1955 y 1983 (Beltrán; 2005). Si de núcleos doctrinarios se trata, podemos remitir a una idea de progreso social basada en los principios de “la libre acción económica y el interés privado”, y la defensa de las “libertades individuales” (Várnagy; 2000: 47)².

intelectuales que aquí nos ocupan. Se trata de las relaciones con las instancias macrosociales (Estado, mercado, etc.); las instituciones estrictamente culturales; las formaciones intelectuales, entendidas como agrupamientos voluntarios que representan escuelas o corrientes de pensamiento; y las tradiciones político-culturales que los agentes y grupos intelectuales reactualizan con su accionar (Altamirano, 2006; Williams, 1981).

² Casi un siglo más tarde, la obra de Jean Jacques Rousseau proyectaría una versión “comunitaria” del contractualismo dando origen a una tensión entre libertad e igualdad que el liberalismo nunca superó ni en el plano teórico ni en el de la práctica política y que se hará evidente en nuestra indagación (Terán; 2008:

Con la apertura del sistema político en 1916, la crisis más general del régimen liberal y la emergencia de un campo intelectual, se cerraría el ciclo histórico en el cual esa intelectualidad liberal ejerció una influencia directa en la creación institucional (Sigal; 1991; Altamirano; Sarlo; 1997). Los intelectuales liberales mantuvieron su peso en algunos espacios de la producción cultural³.

La conjugación de núcleos ideológicos fuertes y perdurables, instituciones culturales centenarias y prestigio obtenido en ámbitos específicos de desempeño intelectual, harán que esta capa de intelectuales asuma la fisonomía de una *formación* cultural. Sin embargo, al mismo tiempo, en su propio seno habrá que identificar un núcleo de especialistas neoliberales, integrado sobre todo –aunque no solamente- por los economistas que se desempeñan en los llamados *think tanks* y las consultoras empresariales cuyo análisis excede los límites de este trabajo. En ese sentido, nuestra atención estará puesta en las figuras que componen un tipo de intelectual liberal “tradicional” formado en las ciencias sociales y humanísticas y proveniente generalmente de familias de la alta burguesía, que concibe su práctica como “una misión” que consiste en proyectar sobre la sociedad una serie de valores trascendentales, a saber: la libertad, la belleza y la moral, entre los que se destacan las figuras de Mariano Grondona, Natalio Botana y Marcos Aguinis (Beltrán; 2005).

Agudizada la crisis política y en medio de un proceso del auge de la protesta social, uno de los argumentos más reiterados por la intelectualidad liberal para explicar la insurrección de diciembre de 2001 y la crisis de legitimidad de las instituciones, residirá en la falta de aptitudes éticas y de liderazgo entre la dirigencia política. Este planteo pone en funcionamiento una operación de *disimulación*, en este caso a través de una “sinécdoque”: la parte –o sea, la dirigencia política– aparece como responsable de la crisis, mientras que las políticas económicas y la incapacidad de todo un régimen institucional para dar cuenta de las demandas populares se mantienen en un segundo plano. Este tipo de discurso favorece la posibilidad de reconstrucción de las instituciones políticas “desde adentro” o “desde arriba”, en la medida en que concentra las explicaciones de la crisis de legitimidad en una “disfunción” del sistema político que puede ser corregida mediante un proceso de renovación.

Desde el estallido de 2001 a las elecciones de 2003, en sus columnas en *La Nación*

48).

³ Instituciones como la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, la Academia Nacional de la Historia o el Instituto de Historia Militar Argentino y el diario *La Nación* jugarían un papel aglutinador que se proyecta hasta nuestros días. Ese rol también será desempeñado por universidades como la UCA, la de San Andrés y la Di Tella.

Mariano Grondona, Natalio Botana o Marcos Aguinis se refieren insistentemente a los “gestos de grandeza” y “al patriotismo” que hacen falta para superar la crisis y plantean la necesidad de “un liderazgo de tormentas” o la emergencia de un “presidente fuerte”. También son reiterados los llamados a “la unidad nacional” y a los “grandes acuerdos”.

Por otro lado, hay que decir que si bien inicialmente la fracción liberal no impugna de conjunto la movilización popular, ya que en un principio estaba en juego la violación al derecho de propiedad sobre los depósitos bancarios, esa posición irá deslizándose hacia la deslegitimación y hacia un llamado al orden cada vez más explícito. Se implementará una *distinción* entre los sujetos que protestan, sus objetivos y sus métodos (Thompson; 1998: 98). A medida que la protesta social continúa y la crisis de legitimidad se profundiza, la estrategia se desarrolla hasta llegar a condenar explícitamente a cualquier organización que tenga fines disruptivos más o menos explícitos y a toda medida que suponga una acción directa, cosa que puede observarse con claridad en los planteos de Mariano Grondona y Natalio Botana durante los días previos y posteriores a la Masacre del Puente Pueyrredón⁴.

A estos tópicos y estrategias habrá que sumarle una sistemática preocupación por readecuar el papel del Estado para recuperar su nivel de eficacia y actividad. Un énfasis que sería inentendible si no tenemos en cuenta la centralidad que posee el Estado capitalista en el ejercicio de la hegemonía burguesa. En definitiva lo que se vislumbra en la fracción liberal (también en la liberal-democrática, más allá de los matices) es la necesidad de que el Estado recupere su autoridad, es decir su capacidad para desempeñar su rol en cuanto al monopolio en la recaudación y la gestión de los recursos, en la generación de instrumentos de unificación simbólica y en el uso de la coerción.

En función de esta descripción queda claro que la fracción liberal estuvo involucrada en una apuesta por recuperar la legitimidad de las instituciones de la democracia representativa. Por lo tanto, su interlocutor privilegiado fue la clase dominante y sus élites dirigentes.

La fracción liberal-democrática

Hablar de una fracción liberal-democrática en el campo intelectual argentino de principios del siglo XXI, implica remitirse a su proceso de conformación en la “transición democrática”. Por aquellos años, un amplio espectro de intelectuales retornó a la vida pública en un contexto histórico sumamente diferente respecto del período previo a la dictadura. El procesamiento de la experiencia del terrorismo de Estado, la derrota política de

⁴ Botana, N.; “El invierno del descontento”, *La Nación*, 4/7/2002; Grondona, M.; “¿El tiempo corre a favor o en contra de Duhalde?”, *La Nación*, 23/6/2002.

los movimientos revolucionarios, la contraofensiva capitalista y el retorno al régimen de la democracia liberal representativa, generaron las condiciones para que buena parte de esa intelectualidad abandonara definitivamente las perspectivas teóricas y las posiciones políticas anticapitalistas asumidas en el período anterior. Las estructuras sociales y políticas que hasta hacía unos años eran denunciadas como eufemismos de la dominación y la opresión, pasaban a ser consideradas como mecanismos a mejorar, en la medida en que constituían el único orden posible. En aquellos años '80, el grupo de intelectuales articulado en torno al Club de Cultura Socialista, la revista *Ciudad Futura* y también a *Punto de Vista* emprendió un proceso de revisión del marxismo que significaría un alejamiento de los clásicos de esa tradición, para quedarse casi exclusivamente con una lectura en clave socialdemócrata de la obra de Gramsci⁵ e incluso terminar asumiendo al liberalismo como matriz política⁶. Desde ese núcleo también se producirá un desplazamiento que llevará a reivindicar el papel de la crítica cultural como crítica política en sí (Sarlo; 1985).

En ese marco, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales cumpliría un papel fundamental en la conformación de esta fracción. Los intelectuales que protagonizaron la conversión ideológica que venimos describiendo fueron actores privilegiados de esa institucionalización, y se vieron atravesados por un proceso de profesionalización que en este caso implicó la adopción, por parte de un sector nada despreciable, de la retórica ofrecida por la ciencia política anglosajona, que por aquellos años se afianzaría como el paradigma dominante en la materia (Wortman; 2002: 330; Rubinich; 2001: 36). Este punto es nodal, ya que plantea un desplazamiento teórico que explica el modo de concebir la democracia y la política que adoptará de ahí en más esta franja intelectual, y que se expresa claramente en nuestra indagación. Una concepción de la democracia basada en el funcionamiento de ciertas instituciones y una visión de la política como el accionar de los ciudadanos organizados a través de los partidos políticos insertos en las instancias estatales de representación. Vale señalar que esta fracción encarnará, en el campo liberal, el polo que ponga atención en la cuestión de la igualdad y por ende, en el marco del auge neoliberal venía de asumir posiciones críticas respecto de la anulación de toda una gama de derechos sociales.

⁵ José Aricó, integrante de *Punto de Vista* y *La ciudad Futura* resumía así el objetivo de esa relectura: “la pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política la lucha por construir un orden social y político en el que la conflictividad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad” (Aricó; 2005: 151).

⁶ Dice Juan Carlos Portantiero: “...me gusta reivindicar el socialismo como categoría. No necesariamente como dibujo de una sociedad perfecta ni como nada, pero sí como un espacio determinado que se asocia con la democracia, con el reformismo, e incluso, extremando las cosas, con lo liberal” (Portantiero; 2012: 98-99).

En nombre de una defensa del funcionamiento de las instituciones de la democracia liberal representativa, en medio de la crisis, el grueso de esta fracción intelectual repudiarán las protestas y movilizaciones, esa es la posición de los intelectuales nucleados en *Punto de Vista*. Se colocarán entre quienes no ven allí nada que se pueda rescatar; así postulan una preocupación que los acompaña durante todo el período⁷.

Así las cosas, ese grupo que constituye un núcleo duro de esta franja del campo intelectual pondrá en juego un tipo de discurso que tiende a *eternizar* las instituciones políticas, cuando al fundamentar su preocupación ante lo que define como la “desintegración del Estado y de la identidad nacional”, cataloga al movimiento de protesta como “anti político” (en el caso de Sarlo⁸) o como una expresión de la descomposición de las instancias de representación (Vezzetti). Este discurso tiende a presentar, una vez más, a un orden institucional –el de la democracia liberal representativa- como el “orden de las cosas” y fija, de esta forma, la “normalidad” de la práctica política en los ámbitos de representación establecidos en las instancias estatales a través de la actividad de los partidos políticos. Por eso, al momento de las elecciones de 2003, esa preocupación inicial derivará en la inquietud por las consecuencias negativas que la fragmentación del sistema de partidos puede generar respecto de la “gobernabilidad”. Asimismo, esa *cosificación* que borra las luchas que están en el origen de esas instituciones y omite las relaciones de dominación que esas mismas instancias de representación generan y legitiman, en la medida en que concentran el monopolio de la deliberación y la toma de decisiones de alcance general, da pié a la insistencia en la necesidad de implementar reformas para que el sistema político sea capaz de canalizar parte de las demandas.

De modo tal que la fracción liberal-democrática concentra sus expectativas de cambio en las instituciones de esa democracia liberal representativa. A su entender, la superación de la crisis provendrá de la capacidad que demuestren las elites dirigentes para *aggiornar* los mecanismos de representación y dar cuenta del problema de la creciente injusticia social. De hecho, sus interlocutores son éstos últimos y no los sectores movilizadas. A su vez, ese enfoque también explica por qué, al igual que la fracción liberal, a lo largo del período, se tienda a ver con buenos ojos las iniciativas que desde el sistema político se adoptan en base a acuerdos y en función de legitimar sus instituciones. De hecho, es la propuesta que prima respecto de las acciones que debería emprender el gobierno surgido de las elecciones de 2003.

⁷ En palabras de Hugo Vezzetti: “el derrumbe del Estado no deja en pié una sociedad virtuosa” (“Escenas de la crisis”, *Punto de Vista* N° 72, 2002).

⁸ “La disolución de la Argentina y sus remedios”, *Página 12*, 23/12/2001.

2. Posiciones y lecturas en el nuevo escenario político y cultural

De aquí en adelante nos interesa explorar los posicionamientos, producciones y estrategias discursivas que ambas fracciones intelectuales pusieron en juego a partir del 2003, en el marco de un proceso de creciente estabilidad política, crecimiento económico y recuperación de la legitimidad del orden institucional, en donde el gobierno encabezado por Néstor Kirchner asumiría un papel determinante. No solo por pasar a ocupar el centro de la escena política, sino por transformarse en una usina de temáticas que tendría una influencia significativa en el debate político-intelectual de la etapa.

2. a) *Los intelectuales liberales: la doctrina republicana y la crítica al populismo*

Desde la fracción liberal Mariano Grondona, Natalio Botana y Marcos Aguinis nos brindan un material fundamental para analizar la manera en que desde esa franja de la producción intelectual es procesada la salida de la crisis que encabezan los gobiernos justicialistas y más específicamente el desafío que supondrá para el campo intelectual la emergencia y consolidación del kirchnerismo. En sus planteos se reactualizan herramientas conceptuales y definiciones que la tradición liberal ha utilizado históricamente para interpretar al peronismo (Neiburg; 1998; Altamirano; 2011). A su vez, estos tres agentes nos permiten cubrir tres modos de intervención diferentes: Grondona es el editorialista que tiene un público cautivo desde su columna semanal en *La Nación* y su espacio televisivo; Botana aparece como un académico, cuyo capital simbólico está más ligado a las instituciones universitarias que ocupan un lugar predominante en el aparato cultural tradicional; Aguinis es el divulgador, el más inmerso en la lógica del *best seller* y con un lenguaje que mezcla la fábula y el discurso de barricada. En ese marco, estos agentes elaborarán una interpretación del proceso de legitimación política que encabeza el gobierno de Néstor Kirchner que, en gran medida, estará más cerca de la “doxa” derivada de una estructura discursiva que es utilizada por estos intelectuales como un *a priori*, que del análisis de los procesos históricos en función de los avances y retrocesos en las relaciones de fuerzas entre los distintos actores sociales.

Utilizaremos los planteos de Grondona para indagar en el modo en que esta fracción intelectual se coloca ante el proceso de emergencia del kirchnerismo. Desde su columna en *La Nación*, Grondona se pregunta tempranamente sobre las razones del apoyo que, según los encuestadores, ha conquistado el presidente Kirchner. Describe su “estilo” de conducción y abre el interrogante acerca de si se trata de una moda pasajera o de “una nueva época”⁹. En

⁹GRONDONA, M.; “¿Cuánto durará la mayoría kirchnerista?”, *La Nación*, 10/8/2003. “Ya no nos fascina el

pocas semanas, según Grondona, el presidente pasó de ser un político marginal a ser el más popular de los políticos argentinos. Antes que nada esto se explica por un estilo que contrasta con el de sus predecesores y que para nuestro autor se configura a partir de dos elementos centrales: la confrontación y la demagogia. Kirchner reta a los grandes empresarios, a la Corte Suprema de Justicia y a los militares. Al mismo tiempo, se abraza con sus seguidores e interpreta el humor social que marcan las encuestas. “Kirchner –sintetiza Grondona– ha logrado hasta ahora algo más: inspirar amor entre las masas y temor entre las minorías”.

Hasta aquí podríamos decir que a nivel del contenido no encontramos nada demasiado distante a lo que podríamos hallar en la escritura de cualquier analista medianamente lúcido. Avanzando un paso más nos encontramos con un intelectual que se coloca por encima de la situación y es capaz de ir y venir desde el pasado hacia el futuro para dejar sentada una advertencia. Aparece una figura de enunciación que podemos definir como la del “profesor” que consiste en presentarse como un observador omnisciente –es también identificable como un rasgo de la figura del “sabio” que encarna el intelectual tradicional– para recordar que Juan D. Perón hizo demasiado tarde el giro que lo llevó de una “demagogia políticamente fructífera pero económicamente infructuosa” hacia la racionalidad económica del último tramo de su vida. En este sentido, Grondona intenta marcarle el camino a Kirchner afirmando que todavía está a tiempo para llevar a cabo esa “salvadora maniobra”, que por otra parte es el camino que para nuestro autor ha decidido transitar su colega brasileño Luis Inácio Lula Da Silva.

El tono de preocupación no quedará aquí. Luego de los resultados en los comicios legislativos de 2003, que mostraron a un justicialismo fortalecido ante un archipiélago de fuerzas políticas con futuro indescifrable, Grondona pondrá el foco en la expansión del peronismo¹⁰. Reiterando una caracterización que se puede encontrar en otros de sus artículos periodísticos, el columnista de *La Nación* asegura que en ese espacio político conviven las dos perspectivas que existen, según él, para superar el “subdesarrollo”, una “populista”, que consiste en redistribuir el “sobrante” entre los sectores con necesidades, y la otra “capitalista”, cuya base estaría dispuesta en el incentivo de la inversión privada de los excedentes. Para Grondona después del derrocamiento de Perón en 1955, el peronismo pasó a contener un ala populista –la original– y otra capitalista –que se expresó nítidamente en los gobiernos de Menem (1989-1999). De esa forma, del primer peronismo que implicaba un altísimo nivel de consenso respecto de la perspectiva populista, se pasó a un segundo

progreso sino el castigo”, *La Nación*, 17/8/2003.

¹⁰GRONDONA, M.; “Si 'todos somos peronistas', ¿qué es el peronismo?”, *La Nación*, 14/9/2003

momento que consiste en que las dos variantes del desarrollo conviven dentro del peronismo. Ante esa situación a la que “el profesor” Grondona mira con cierta resignación (“la lucha entre el populismo y el capitalismo se resolverá, en suma, en la interna justicialista”, sostiene), el “ideólogo” Grondona incorpora una perspectiva novedosa que pasa por la posibilidad de que del seno del justicialismo emerjan finalmente dos opciones partidarias distintas que le aporten más previsibilidad al sistema político. “Hasta tanto ocurra esta bifurcación, – agrega– empero, 'todos somos peronistas’”.

En consonancia con la caracterización general que ofrece Grondona, en su libro *Poder y hegemonía* publicado en 2006¹¹, Botana planteará una lectura del desenvolvimiento del proceso abierto con lo que define como “la crisis social y política que fracturó al país”, haciendo foco en las características del régimen político que emergió de las elecciones de 2003. Para ello ratificará una de las constantes metodológicas en la tradición liberal: se centra en el funcionamiento de las instituciones, privilegiando el accionar de los partidos políticos, y los mecanismos de gobierno. En esa línea, para definir el “régimen político” se referirá al “transformismo” y el carácter presidencialista del justicialismo” y al estilo político desplegado por Néstor Kirchner. Más puntualmente, para nuestro autor, el gobierno de Kirchner reeditó un tipo de liderazgo que pone en cuestión las instituciones republicanas, renovando así una tradición “hegemonista” ensayada como nunca durante los gobiernos de Carlos Menem (p. 11).

Kirchner, puntualiza Botana. “utilizó las ventajas del crecimiento económico y el superávit fiscal para desarrollar su liderazgo” (p. 77). Se apoyó en una estructura partidaria de dirigentes territoriales que se caracterizan por manejarse con lealtad hacia quién triunfe en los comicios y construyó clientelas con el manejo discrecional de planes sociales. El resultado fue un refuerzo de los mecanismos que le restan autonomía a los partidos políticos y desvirtúan la neutralidad necesaria del Estado (p. 78).

En este marco, el kirchnerismo aportaría algunos rasgos novedosos a esa tradición presidencialista y a la tendencia del justicialismo a generar un partido dominante desde el Estado. Botana sostiene que el Gobierno nacional se ha constituido en un “gran elector”, pues el Ejecutivo ha demostrado que puede apostar por distintas variantes electorales a la vez. Lo que está en juego, según nuestro autor, es el disciplinamiento de dirigentes y estructuras locales y provinciales que terminan acomodándose en función de la habilitación de los recursos para hacer campaña primero y luego para gobernar.

Junto con esto, Botana hará hincapié en otro rasgo que introduce el kirchnerismo que

¹¹ Botana, Natalio (2006); *Poder y hegemonía*, Buenos Aires, Emece.

consiste en “la confrontación como estilo político” o “la dialéctica de la enemistad”. Lo que más preocupa a nuestro autor es que ese estilo de confrontación se lleva cabo en un contexto de crisis de representación. Por eso, a su entender, plantear los problemas en función de un “todo o nada” apunta más bien a superar esa debilidad de las instituciones de la democracia representativa montando una nueva hegemonía sobre los escombros del sistema de partidos políticos. Además, “la política de la sospecha –añade Botana– es un resorte que suele disparar diversas formas de autoritarismo” (p. 85). En este sentido, a su entender, a los conflictos propios de una sociedad sujeta a graves desigualdades, se le suma la promoción del conflicto como modo de “construir poder”.

De esta manera, el kirchnerismo aparece en la descripción de Botana como un modo de ejercer el poder estatal desde el Ejecutivo, valiéndose de algunos mecanismos de concentración de ese poder como son los decretos y el manejo discrecional del presupuesto. Además, Kirchner se ha beneficiado de la declaración de un estado de emergencia que se ha prolongado, lo que permite una delegación casi permanente de poderes desde el Poder Legislativo hacia el Ejecutivo. Todo ello ha consolidado, según Botana, un régimen que revierte los mecanismos institucionales que hacen a “la república”. Se trata de una serie de prácticas que no sólo limitan la división de poderes, sino que además pone límites al desenvolvimiento de una “oposición legal”, instancia fundamental para la alternancia y el control democrático y republicano (p. 106).

Esa disposición de limitar el despliegue de los partidos de la oposición a través de la cooptación financiera tiene un efecto muy significativo para Botana. Si esto se suma a la falta de transparencia en la utilización de los recursos públicos y a la tendencia a ratificar el reeleccionismo en las provincias, el resultado es un panorama en el que se consolida una hegemonía personalista y se refuerza un orden conservador basado en el control clientelar de los estados locales (p. 207). Más aún, en última instancia el accionar del Gobierno nacional ha consolidado un régimen que tributa a ,y se alimenta de, una fuerza política con vocación dominante (213).

Por su parte, el caso de Marcos Aguinis es digno de seguir con atención. Es uno de los intelectuales más prolíficos del período y de la última década, y uno de los más leídos¹². Es interesante señalar que de la crítica casi elíptica que le dedica en su *¿Qué hacer?*¹³ del año 2004, al kirchnerismo, pasará en un segundo libro, *El atroz encanto de ser argentinos 2*,

¹² Por citar algunos datos, *Las redes del odio* se editó en 2003 con una primera edición de 16000 ejemplares cuando en promedio los libros de la intelectualidad populista lo hacen con 2000, *¿Qué hacer?* fue publicado en 2004 y para 2006 contaba con cuatro ediciones; *El atroz encanto de ser argentinos 2* (Buenos Aires, Planeta) es un libro de 2007 y para junio de ese año ya contaba con dos ediciones.

¹³ Aguinis, Marcos (2006) *¿Qué hacer?* Debolsillo, Buenos Aires, (1a Ed. 2004).

publicado tres años después, a un cuestionamiento frontal y sin matices. Las razones de esta operación pueden referirse de manera conjetural al poco tiempo que llevaba el nuevo mandatario en su puesto. Más todavía podría explicarse por el poco tiempo transcurrido del clímax de la crisis de 2001 y por el respaldo que Kirchner había alcanzado por entonces. Concretamente, en este primer momento Aguinis deja planteada una lectura de la historia argentina en términos de la oposición liberalismo vs. populismo intervencionista que cristalizará en su siguiente trabajo.

Aguinis trabaja una tesis fundamental que lo coloca como un claro exponente del ideario liberal. Afirma que el país está atravesado por la pobreza y la exclusión, una situación que ha de superarse generando más fuentes de trabajo, cosa que se logrará sólo garantizando una mayor inversión. Pero no hay inversión si está en duda la seguridad jurídica, que a su vez, sólo se consigue si hay un convencimiento de que por ahí pasa realmente el progreso. De modo tal, Aguinis postula las bases para el renacimiento argentino (ese es el subtítulo del libro) en función de una reactualización de los principales elementos de la doctrina liberal, tanto en lo económico como en lo político.

A su entender, las razones del descenso nacional, que lleva siete décadas, habrá que buscarlas, por un lado, en un conjunto de ideas equivocadas y prejuicios que han obnubilado a la mayor parte de los “argentinos”. Por otro, lo que es ya un lugar común de la intelectualidad liberal, en una dirigencia poco apegada a las normas que ha cultivado una cultura de la dádiva¹⁴, ha pretendido dirigir el libre flujo de los capitales y se ha dejado llevar por un “igualitarismo tramposo”. De ahí, que los principales problemas que nuestro autor identifica sean: la anomia, la debilidad institucional y la resistencia al progreso.

Para el momento en el que el ciclo político tiende a cerrarse, Aguinis publica *El atroz encanto de ser argentinos 2*. Entonces nuestro autor profundiza su visión negativa del momento que vive “la Argentina”. Luego de cuatro años de crecimiento económico, caracteriza la situación en función de una inflación creciente, una profundización en la crisis energética y un atraso tecnológico que lo lleva a plantear una comparación con África. Reedita la imagen de una política gubernamental que espanta las inversiones y hace aparecer una figura que como vimos en otros pasajes es una imagen recurrente entre la intelectualidad

¹⁴ Para los propósitos de este apartado, vale puntualizar que para Aguinis esa “cultura de la dádiva” fue impulsada como nunca durante los primeros gobiernos de Juan D. Perón. En sus palabras: “la distribución escandalosa de pescado y no de cañas se incrementó hasta la bullanguera fiesta del primer peronismo, con ríos de sidra, toneladas de pan dulce y otros obsequios que provenían de los fondos fiscales (pagados por el sector productivo, cada vez menos productivo). Siempre con buenas intenciones, con sensibilidad social... No se advirtió que se corrompía a la gente y se la empujaba hacia la irreparable indignidad del mendigo” (p. 83).

liberal: la idea de que *el país ha dejado pasar una extraordinaria oportunidad* (pp. 32-33).

A la vez, en estos pasajes hallamos un elemento muy importante. El cuestionamiento a los gobiernos de Carlos Menem encarnados en la expresión “los años '90” nos permite apreciar cómo esta es una posición que abarca tanto a populistas como a liberales. Supone sin más una especie de núcleo de consenso del que es difícil evadirse si se pretende construir un discurso legítimo sobre la actualidad.

Esa “extraordinaria oportunidad” de la que habla Aguinis está fundamentada en una proposición fundamental. Hay un “contexto externo” que cambió a favor del país “como nunca antes”. De hecho, la recuperación económica –que Aguinis se encarga de diferenciar del “desarrollo”– se debe más que nada a esa situación inédita y se dio “a pesar del gobierno” (p. 267). La supuesta incapacidad para aprovechar esa gran oportunidad tiene una razón fundamental para nuestro autor: toda iniciativa estatal que durante un tiempo prolongado se oriente a transfigurar la libre competencia de las fuerzas del mercado. “Estamos lejos del clima económico e institucional que sacaron adelante a Irlanda, Estonia, Botswana, India”, asegura Aguinis. (p. 267). Aguinis se presenta sin más como partidario de un Estado mínimo, y para ello, en una operación cargada de cinismo utiliza al propio Marx:

Es obvio que más Estado significa más poder para el que está arriba, porque puede incorporar ñoquis, burocracia, arbitrariedad y corrupción y desalentar la competencia de la inversión privada. El Estado, tal como lo señaló Marx enfáticamente, está al servicio del poder, no del pueblo. Sólo debería dedicarse a la defensa nacional, la salud, la seguridad interna y la educación, no a la economía, porque no sabe ni puede gerenciar con eficacia (p. 267).

Por otra parte, en *El atroz encanto de ser argentinos 2*, Aguinis también consolida sus críticas más puntuales hacia el gobierno nacional y el accionar del presidente Kirchner. A las críticas más o menos recorridas en *¿Qué Hacer?* que refuerzan la línea argumental observada en Grondona y Botana, se sumará un cuestionamiento al kirchnerismo por tratarse de un “falso progresismo”. Si el tono que predomina en los libros de nuestro autor es más bien el de un analista con pretensiones de rigurosidad que no renuncia al lenguaje coloquial, generando un efecto de cercanía con el lector y una pretensión de objetividad, en esos tramos Aguinis asumirá una posición enunciativa más propia del intelectual como fiscal y un tipo de discurso cercano a la denuncia. En este marco, Aguinis no dudará en afirmar que la presidencia de Kirchner, sus políticas y su estilo, han consistido en una experiencia reaccionaria más allá del discurso (p. 268).

Tal como ocurre con Grondona y Botana (también con algunos tramos de la producción de la fracción liberal-democrática) Aguinis intenta comprender los rasgos del kirchnerismo

ubicándolo como la expresión de lo más cuestionable del peronismo. De este modo, Néstor Kirchner es un capítulo más en una cultura política, el “populismo”, que para Aguinis encarna buena parte de los males que forjan el pasado y el presente del país¹⁵.

Llegados a este punto, nos preguntamos con Aguinis si existe para él luz al final del camino. Paradójicamente cuando su relato choca con las imágenes y caracterizaciones más duras aparece también la perspectiva alentadora. Primero, advierte que junto a esa sombría tendencia que acabamos de describir “brota una conciencia enfocada en el campo de la ética y el respeto a las instituciones”. Cuya premisa es “basta de tyrannos, de salvadores carismáticos y de clientelismo inmoral”. A su vez, asegura que se comienza a formar de a poco una “elite de figuras capaces”. No se trata de izquierda ni de derecha, advierte. Sino de un deseo de reconstrucción de las instituciones para sanearlas de la codicia y las prácticas mafiosas, de imponer el diálogo sobre la confrontación y la ley a la transgresión. En nombre de los fundadores de la patria –la referencia a Belgrano figura en el último renglón del libro– Aguinis se encarga de dejar planteadas las líneas directrices de un programa de acción que busca nostálgicamente volver a una época de oro que como toda época mítica no existió más allá de los libros y las mentes de las elites dirigentes. Es esta una operación trascendente para nosotros, ya que más allá del contenido de ese programa¹⁶ (una traducción de los lineamientos centrales del liberalismo económico y político) es en la fracción liberal que parece sobrevivir la figura del intelectual como legislador (Bauman, 2005).

2. b) *Los vaivenes de Punto de Vista y la fractura del espacio liberal-democrático*

En el caso de la fracción liberal-democrática el modo en que el kirchnerismo encabezó el proceso de recomposición de la legitimidad de las instituciones de la democrática representativa y de la autoridad estatal generó importantes tensiones que se transformaron en quiebres. Si bien en un principio, esta fracción acompañó en conjunto medidas como la renovación de la Corte Suprema o la anulación de las Leyes de Obediencia Debida y Punto

¹⁵ A las referencias y argumentos para definir al gobierno de Kirchner como un un regimen populista se le agrega una caracterización más general de ese tipo de experiencia política. Aguinis cita al sociólogo francés Alain Touraine para sostener que desde la presidencia Kirchner a desarrollado una serie de políticas típicamente “populistas”, cuyo paradigma está representado por la pretensión de eliminar a la oposición y de asfixiar a la prensa. Aguinis, Marcos (2007); *El atroz encanto de ser argentinos 2*, Buenos Aires, Planeta, p. 63.

¹⁶ “Imponer un sistema tributario nacional, estable y sencillo, fácil de cumplir”; “El Estado debe dedicarse sólo a los servicios públicos indispensables”; “Una reforma laboral que estimule la inclusión de la mano de obra”; “La producción competitiva debe mirar hacia el exterior (...) El Estado no debe seguir apuñalando la propiedad de los exportadores con retenciones que desalientan el flujo de exportación”; “El empresario no debe arrodillarse ante el funcionario de turno (...) Debe satisfacer al consumidor, para que su empresa crezca, sus empleados mejores sus sueldos y pueda pagar buenos tributos”. Aguinis, Márcos (2004); *¿Qué hacer?*, Buenos Aires, Booket, p. 134 (1ra Edición 2004).

Final¹⁷, con el correr del tiempo y la consolidación de un estilo de construcción política por parte del nuevo presidente que reforzaría más los rasos “decisionistas” del peronismo clásico que los mecanismos institucionales ligados al republicanismo, las diferencias se profundizarán al nivel de establecer posiciones encontradas.

El caso paradigmático de esa fractura lo personifica José Nun. El politólogo que formó parte del núcleo inicial del Club de Cultura Socialista, integró el Consejo Editorial de *La Ciudad Futura* y fue colaborador asiduo de *Punto de Vista*¹⁸, terminaría asumiendo en noviembre de 2004 el mando de la Secretaría de Cultura de la Nación, cargo que ocuparía durante casi cinco años.

A la vez, durante el año 2004 *Punto de Vista* sufrió el alejamiento de tres de sus figuras históricas. En el número 79 de agosto de ese año, se explicita la renuncia de Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio e Hilda Sabato al Consejo de Dirección a través de la publicación de sendas cartas. Si bien el grupo no planteó el hecho como un efecto directo de las controversias generadas en torno a la emergencia kirchnerista podemos considerar, a partir de leer las cartas en cuestión, que por lo menos el nuevo escenario jugó como un detonante de peso en el marco de una situación en la que se mezclan razones políticas y relaciones personales¹⁹.

Dicho lo anterior, exploraremos a continuación algunas producciones del colectivo que dirige *Punto de Vista* retomando los tópicos principales que marcan el terreno del debate político-intelectual de la etapa: las lecturas sobre el fenómeno kirchnerista y los debates sobre las políticas de la memoria y el “retorno” de los años '70.

En el escenario de emergencia del kirchnerismo, Hugo Vezzetti publicará un artículo²⁰ en el que el integrante del Consejo de Dirección de la revista plantea un paralelismo entre el entusiasmo generado por el gobierno de Néstor Kirchner y el escenario que caracterizó a los primeros años de la transición democrática iniciada en 1983. Según Vezzetti, el nuevo

¹⁷ Ver Sarlo, Beatriz (2004); “Sólo el peronismo puede gobernar” (Entrevista), en Caligaris, Hugo (Ed.); Los intelectuales y el país de hoy, Buenos Aires, *La Nación*. Vezzetti, Hugo; “Aniversarios: 1973/1983”, en *Punto de Vista* N° 76, agosto de 2003.

¹⁸ Al igual que Beatriz Sarlo y otros miembros de la dirección de *Punto de Vista*, Nun había participado de la experiencia del *Frepaso*.

¹⁹ Altamirano es el más claro a la hora de ubicar la razón de su alejamiento: “no voy a sorprender a ninguno de ustedes si digo que me encuentro fuera de ambiente, es decir, fuera del círculo de consenso que de unos años a esta parte define la línea de *Punto de Vista*”. En tanto, Sabato aducirá directamente un conflicto personal con Beatriz Sarlo, a quien define como “intolerante” y de quien se distancia por no compartir sus métodos de trabajo. Por su parte, Gramuglio se refiere, por un lado, a que el equipo de dirección había abandonado “la práctica de la discusión previa y colectiva de todo lo que se publicaba”. Condena públicamente el maltrato de Sarlo hacia Sabato y considera que su salida es inevitable luego de conocer la decisión de Altamirano, puesto que sin su presencia se echaba por tierra el equilibrio interno con el que funcionaba el Consejo de Dirección.

²⁰ Vezzetti, Hugo; “Aniversarios: 1973/1983”, en *Punto de Vista* N° 76, agosto de 2003.

escenario caracterizado por la relegitimación de “la política y de los políticos”, no puede comprenderse sin considerar a aquel proceso que llevó a la reinstalación democrática como un hito que ha calado hondo entre la ciudadanía. En uno y otro caso “justicia” y “democracia” constituyen las bases para un nuevo período histórico. En ese marco, nuestro autor, evalúa los alcances del “setentismo” del Gobierno diferenciándose tanto de la reacción mostrada desde los sectores más duros del liberalismo político e intelectual como de una supuesta valoración acrítica de esa experiencia histórica y generacional.

De ese modo, Vezzetti destaca como el accionar del nuevo presidente, aunque advierte sobre las limitaciones que observa en un proceso de recomposición de la autoridad política. En sus palabras:

Frente al escenario conocido de amplia deslegitimidad y fragmentación políticas, la acción del presidente, solitaria, se ha mostrado capaz de recomponer un campo político; y abre las vías de coaliciones innovadoras capaces de afirmar y ampliar las bases, incluso parlamentarias, del poder hoy afirmado casi exclusivamente en su autoridad (p. 2).

Incluso Vezzetti contextualiza la reivindicación que Kirchner ha hecho de la militancia de los años setenta en momentos tan significativos como su discurso de asunción y de ese modo la relativiza. Para nuestro autor, una cuestión es la referencia al “setentismo” como marca generacional y otra cosa es reivindicar sin más sus métodos y fines. Para ilustrar este planteo, el mismo Vezzetti afirmará que “nadie en los ’70 se hubiera entusiasmado con el gobierno de Kirchner” y advierte que muchos de los protagonistas de aquella etapa están completamente asimilados a los modos de funcionamiento de la democracia actual. Es más, Vezzetti dirá explícitamente que esta situación es lo que la “derecha no comprende”.

En suma, es un momento en que la fracción liberal-democrática se preocupa por diferenciarse de la fracción liberal y reedita su distanciamiento de las posiciones que responden a las posiciones más tradicionales entre las izquierdas. De este modo, este momento de emergencia del kirchnerismo, en términos de caracterizaciones y posicionamientos la intelectualidad liberal-democrática quedará más cerca de las posiciones que representa el kirchnerismo que de los planteos de la fracción liberal. Como veremos más adelante esa situación se irá modificando con el correr del tiempo y el desenvolvimiento de las correlaciones de fuerza²¹.

Ese desplazamiento se evidencia en otro texto de Vezzetti, en el que analiza el estado de

²¹ Estas lecturas y posiciones coinciden con la publicación de *La pasión y la excepción* (Siglo XXI, 2003) por parte de Sarlo. En ese libro la ensayista explorará desde una mirada que reactiva criterios del materialismo cultural las razones históricas y los significados de una figura como la de Eva Perón y una experiencia como la lucha armada de los '70, con el análisis de la organización Montoneros como pivote, intentando anclarla en su clima cultural e ideológico. Construyendo en definitiva una visión más comprensiva que condenatoria tanto del peronismo como de la militancia revolucionaria de los años '70.

concreción del proyecto de crear un Museo de la Memoria en el predio de la ESMA²². Allí el psicoanalista analiza las propuestas planteadas desde los organismos de derechos humanos y sobre todo se distancia de la manera en que ha encarado esta cuestión el Gobierno Nacional, sosteniendo la necesidad de poner en pié una perspectiva diferente que coloque como parámetro a la deliberación y el consenso, y como agente central de las políticas de la memoria al Estado y no a las organizaciones de la sociedad civil. En palabras de Vezzetti:

Ausente un marco político de deliberación, que no puede limitarse a la denuncia de los crímenes, ni mucho menos a la manipulación cruda del pasado para los fines de una política coyuntural, lo que se extraña es una base plural de debates capaz de discutir ese pasado, admitir la herencia que impone y procurar entenderlo en el tratamiento de los temas del presente (p. 38).

Lo que preocupa a Vezzetti, en última instancia, es que se imponga una memoria “testimonial” y “reivindicativa” que represente a ciertos grupos y a determinadas tradiciones políticas. Lo que está en juego, de este modo en los planteos de nuestro autor, es una concepción de lo democrático en tanto pluralidad y del Estado como instancia que es capaz de integrar un interés general.

Lo que es seguro, advierte Vezzetti, es que una decisión de estado debe incluir objetivos que no surgen ni están entre las responsabilidades de los grupos que representan a las víctimas. En definitiva, a su entender, es muy difícil que el objetivo de la comprensión histórica se torne preponderante sin que esa comprensión afecte la imagen idealizada de los revolucionarios de los '70 que se ha propalado desde el Gobierno. De modo tal, si de actores se trata, según Vezzetti es el Estado el que puede garantizar la construcción de un espacio para la reflexión y el conocimiento colectivos. “Lo que está en juego es justamente la capacidad de edificar allí un artefacto de formación ciudadana, que recupere algunos marcos básicos de acuerdo respecto de lo que debe ser evocado y discutido y cómo debe hacerse” (p. 41). Es decir, lo que el Gobierno para nuestro autor no garantiza.

También más cerca del cierre del ciclo que aquí estudiamos, Sarlo ofrecerá una serie de consideraciones que denotan una consolidación en el desplazamiento demostrado en las lecturas y modos de intervención del grupo de *Punto de Vista*. La estrategia pasa por demostrar lo que el kirchnerismo reproduce de aquello que era más cuestionable en el peronismo clásico y los tópicos y núcleos significativos utilizados constituyen una enunciadora que aparece como defensora de las instituciones republicanas.

La proximidad de las elecciones presidenciales de 2007 lleva a Sarlo a sintetizar sus apreciaciones sobre el escenario político y sobre el papel que ha jugado el presidente

²² Vezzetti, Hugo; “Memoria histórica y memoria política: las propuestas para la ESMA”, en *Punto de Vista* N° 86, diciembre de 2006.

Kirchner desde su asunción²³. En este caso, haremos hincapié la manera en que Sarlo caracteriza el accionar del presidente Kirchner.

Primera cuestión: la manera en que Kirchner ha fomentado desde el Poder Ejecutivo una interpretación histórica de los años que desembocaron en el Terrorismo de Estado. Al respecto, Sarlo sostiene:

El presidente tiene posición tomada en esta cuestión ideológica todavía abierta. No sólo ha garantizado que la justicia pudiera seguir actuando, sino que ha dicho que las víctimas debían ser reivindicadas no sólo como víctimas sino como militantes de una Causa que él ubica en sus orígenes políticos. Con esto, desde el poder, Kirchner está ofreciendo un sostén a la lucha de interpretaciones que está lejos de cerrarse (p. 2).

Segunda cuestión: para Sarlo, si bien Kirchner ha trazado políticas adecuadas al presente, muy alejadas de las apuestas de aquella etapa histórica, al mismo tiempo ha desplegado un modo de actuar en el que resuena la subestimación a las instituciones republicanas y a la libertad de prensa propias de un *ethos* de época en el que la acción revolucionaria colocaba a la cuestión de la democracia representativa en un lugar subordinado, pero que sobre todo ha conformado una práctica estructurante del peronismo clásico. En palabras de la autora:

...La república institucional, siempre incómoda para el peronismo, es reemplazada por un ejecutivo poderoso, implacable y concentrado en la figura presidencial. Con el *ethos* de los setenta, regresa la antipatía histórica del peronismo por las instituciones deliberativas donde hay que escuchar voces opositoras, júzgueselas como se las juzgue (p. 3).

Por último, vale tomar nota de la ambigüedad con la que Sarlo cierra su reflexión. Por un lado, dirá que pasados casi seis años de la crisis de 2001, el país llega a las elecciones de octubre de 2007 “en las mejores condiciones que nadie se hubiera atrevido a imaginar cuando Kirchner fue elegido presidente” (p. 5). Pero al mismo tiempo destaca que se trata de una estabilidad institucional que está muy centrada en un liderazgo sin “partido” y que por ende depende en demasía del “cuerpo del líder”. A diferencia de lo que ocurría incluso en el peronismo clásico, en la medida en que el papel de la estructura partidaria tiene un papel más que nada instrumental, se trata de un esquema de construcción de autoridad que padece de debilidades fundamentales allí donde residen sus mayores fortalezas.

A modo de cierre

Analizando desde una perspectiva histórica los posicionamientos, los tópicos y las imágenes que hemos explorado podemos decir que hacia el cierre del período histórico que delimitamos algunos sectores del campo intelectual argentino se vieron inmersos en un proceso de

²³ Sarlo, Beatriz; “¿El último avatar?”, en *Punto de Vista* N° 87, abril de 2007.

conformación de sendos bloques políticos (Piva; 2012). Por un lado, en los cuestionamientos llevados a cabo tempranamente por la intelectualidad liberal hacia el gobierno encabezado por Kirchner, su estilo “hegemonista”, su propensión a subordinar al resto de los poderes del Estado y de cooptar a representantes de otros partidos, percibimos los núcleos principales de la agenda de las fuerzas de la oposición que se fueron enfrentando electoralmente al nuevo oficialismo a partir de 2005. Y más adelante, también lo que para la coalición de entidades agrarias que chocaron con el Gobierno presidido por Cristina Fernández. De esta manera, la fracción liberal se integraría a un bloque político en la oposición y por fuera de la estructura del Estado, mientras que una fracción populista de origen nacional-popular haría lo propio desde el Estado.

La fracción liberal-democrática, por su parte, quedará en una posición más ambigua durante este proceso. Como pudimos observar, valora que Kirchner haya contribuido a recomponer un espacio de autonomía para la política y haya relegitimado la autoridad estatal. Explica el respaldo que ha logrado, en gran medida, por la manera en que ha presentado la búsqueda de justicia para fortalecer la democracia, tal como ocurrió en la transición de los años '80. Sin embargo, con el tiempo, esta fracción advertirá en el gobierno una tendencia a consolidar el hegemonismo y a vaciar de pluralismo republicano las acciones estatales. Más allá de destacar el progreso en materia de relegitimación de la institucionalidad liberal-representativa, esta intelectualidad liberaldemocrática pondrá en primer plano los aspectos que hacen al estilo de conducción (“populista”) del kirchnerismo, planteando una inquietud similar a la que dejan sentada los liberales respecto de la inestabilidad potencial del régimen político. En definitiva, el análisis permite poner en evidencia que el proceso de conversión ideológica ha dejado una huella indeleble en este sector del campo intelectual. El desplazamiento que demuestran en sus elaboraciones muestra que la crítica respecto del funcionamiento institucional pesa más que la preocupación respecto de las condiciones sociales en las que el régimen político se desenvuelve. El cierre del período nos mostrará, por un lado, más puntos en común que diferencias entre una y otra fracción analizada. Por el otro, que el kirchnerismo como fenómeno político-cultural ocupa un lugar central en los debates político-intelectuales y en las preocupaciones de sus principales figuras.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2006); *Intelectuales, notas de investigación*, Bogotá, Norma.
Altamirano, Carlos (2011); *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Bauman, Zygmunt (2005); *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, UNQui.
Beltrán, Gastón (2005); *Los intelectuales liberales*, Buenos Aires, Libros del rojas, EUDEBA
Bourdieu, Pierre (2002); *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Montessor.
Bourdieu, Pierre (2008); *Homo Académicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Neiburg , Federico (1998); *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.

Pulleiro y otros (2010); “Los sentidos de la recomposición”, en *Anuario de Investigaciones*, Fisyp-Fundación Rosa Luxemburgo, Buenos Aires.

Rubinich, Lucas (2001); *La conformación de un clima cultural. Neoliberalismo y universidad*, Buenos Aires, Centro Cultural Rojas, 2001.

Sarlo, Beatriz (1985); “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” en *Punto de Vista* n ° 25, Buenos Aires, año VII.

Várnagy, Tomás (2000); “El pensamiento político de John Locke y el surgimiento del liberalismo”, en BORÓN, A. (Comp.); *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*, Buenos Aires, CLACASO, EUDEBA.).

Viñas, David (2004); *Literatura argentina y política*, vol. I y II, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor (1ra Ed. 1964).

Williams, Raymond (1981); *Culture*, Barcelona, Paidós.

Wortman, A. (2002); “Vaivenes del campo político cultural en la Argentina”, en Mato, Daniel (Comp.); *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, Clacso-Ceap-Faces..